

Los desmaravilladores

(10 cuentos de amor,
humor y terror)

Elsa Bornemann

Ilustraciones de Bianki

loqueleg

*A mi inolvidable tío Tomás,
a quien sigo recordando como el muchacho que
era, desde que se me fue
con sus sueños fantásticos y su alunado
bandoneón a cuestras.
(Cuestras arriba, quiero decir...)*



ENTRADA LIBRE

Te doy mi más afectuosa bienvenida a esta suerte de casa de papel que –ojalá– te encante visitar.

En sus diez imaginarias habitaciones entintadas te aguardan muy diferentes personajes, ansiosos por transmitirte sus historias de amor... de humor... de terror...

Estoy segura de que –todos ellos– van a intentar que te codees con emociones; que te zambullas en la diversión; que te quedes pensando –tal vez–; que te entretengas... ¡y –también– que se te pongan los pelos de punta: de tanto en tanto!

Al final de tu recorrido, te espera una pequeña sorpresa; la “yapa” podríamos decir.

Se trata de un breve poema –titulado “Hola y adiós”–que –a vuelo de pájaro– te cuenta cómo soy. También, servirá para despedirnos, hasta que volvamos a compartir algún otro libro.

En esos versos vas a reencontrarme –de alma y brazos abiertos– para que –con ellos– te

acompañe a la salida hacia el exterior. ¿Te veo-veo allí, entonces?

E.B.

EL TITIRITERO

Llegó por vez primera y única a nuestro barrio pocos días después de anunciar su espectáculo mediante carteles que nos sorprendieron una mañana, camino hacia la escuela. Estaban pegados sobre todas las paredes de la manzana en la que se levantaba el edificio del colegio, así que no hubo alumno de la vecindad que no los viera.

Todos nos sentimos –de inmediato– magnetizados por el misterioso hombrecito de larga capa negra y sombrero aludo que nos invitaba –desde los afiches– a asistir a su “GRAN FUNCIÓN GRATIS GRAN –LOS TÍTERES DEL TERROR– ESTRENO MUNDIAL EL PRÓXIMO DOMINGO EN EL PARQUE DE LOS PATRICIOS, A LAS DIEZ, JUNTO A LA FONTANA, LOS ESPERA MÍSTER ADRENAL”.

¡Con cuánta ansiedad esperamos aquel domingo!

Funciones de títeres veíamos con frecuencia y nos encantaban, pero nunca habíamos presenciado

una “de terror”... ¡Vaya si ese Míster Adrenal sabía cómo despertar la atención infantil!

La mayoría de los chicos del barrio —que raramente aparecíamos por el parque antes de las once domingueras— estábamos allí desde muy temprano, aguardando el arribo del titiritero.

Cuando llegó —a las diez en punto— casi todo el niñerío de Patricios (y una multitud de adultos, tan interesados como los pequeños, aunque no lo confesaran...) se había dado cita junto a la enorme fuente.

Míster Adrenal llegó solo, como brotado por arte de magia de los arbustos que salpicaban —en su derredor— la casa del guardián del parque. Nos extrañó que no portara una valija siquiera, ni que se presentara acompañado por algún ayudante.

—¡EL TEATRO DE TÍTERES ES MI PROPIA CAPA! —anunció —de repente— una vez que se aquietó el murmullo generalizado que había provocado su aparición.

Entonces se subió a un banco del parque, sacó sus dos brazos por entre las aberturas frontales de la capa e inició la función.

Creo que ninguno de los que fuimos sus espectadores —aquella mañana— ha vuelto a presenciar una obra tan terrorífica. Los dos únicos títeres que actuaron (llamados Martirio y Delirio) nos condujeron

hacia increíbles zonas del horror. Los brazos derecho e izquierdo de Míster Adrenal parecían tener una vida propia y desesperante. Su capa se movía de aquí para allá –en su inquietante vuelo de seda– mientras Martirio y Delirio se iban asemejando –más y más, a cada instante– a verdaderas criaturas humanas. Dos pesadillas en miniatura, tan insoportablemente repulsivas eran. Y para qué describirlas, si tu imaginación –de seguro– ya las estará viendo tal cual eran.

Sí. Así. Con *esos* ojos. Con *esas* bocas. Con *esas* diminutas manos inventadas para rozar lo espeluznante. Y también pronunciando *esas* palabras que solo podían convocar el espanto.

Aunque estremecido de miedo, lo cierto era también que otra sensación conmovía al auditorio: la de percibir que estaba ante un extraordinario artista, frente a un titiritero excepcional y dos no menos excepcionales muñecos.

Comenzaba a llover a cántaros cuando Míster Adrenal dio por finalizada su obra, no sin antes anunciar que ofrecería una nueva y última función esa misma tarde, si las condiciones del tiempo lo permitían para las seis.

Hizo entonces unas volteretas y Martirio y Delirio agradecieron –con reverencias y aplausos de sus propios bracitos– la fuerte ovación que coronó sus actuaciones.

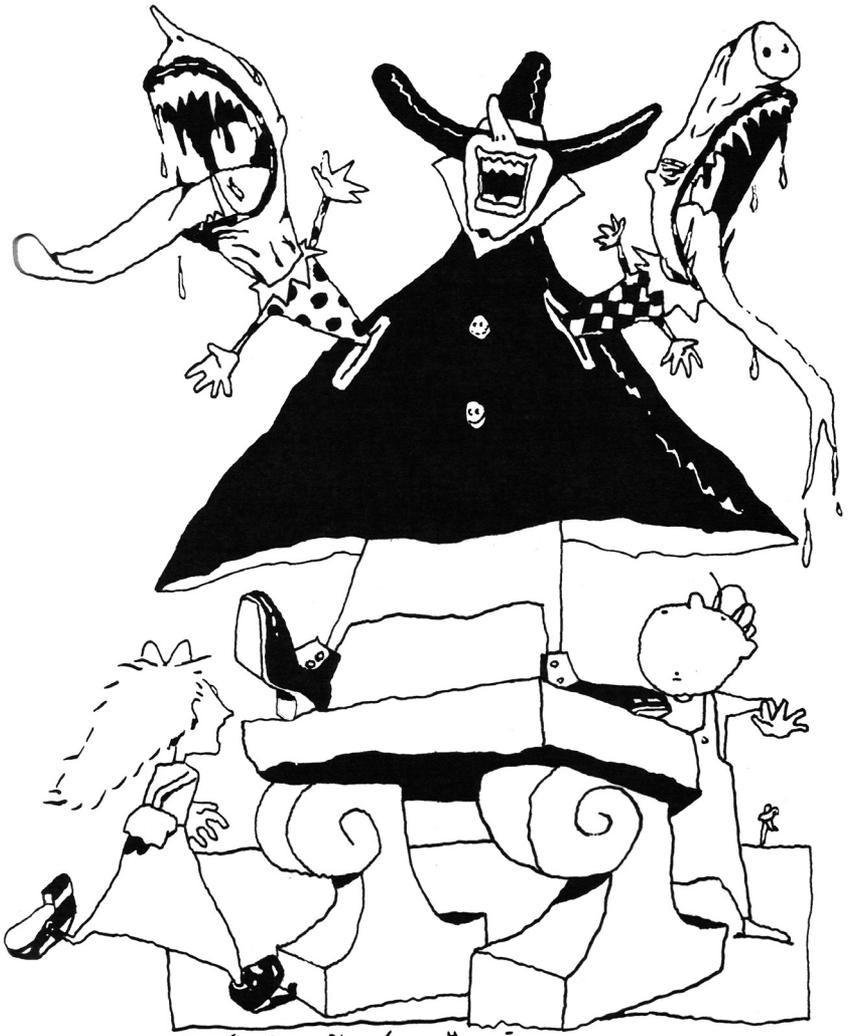
De inmediato, el titiritero volvió a introducirlos debajo de la brillante capa y se escabulló —presuroso— entre el gentío que comenzaba a retirarse del parque (también de prisa, para no mojarse demasiado).

A pesar del aguacero, mis amiguitos y yo decidimos que seguiríamos a Míster Adrenal antes de que se nos evaporara entre las aguas.

Queríamos conversar con él, averiguar de dónde venía, cuáles eran los secretos de su aterrador pero incomparable arte, hacerle —en fin— un montón de preguntas pero —por sobre todo— ver de cerca, bien de cerca, a los dos horripilantes títeres. ¿Quién de nosotros se animaría a tocarlos? ¿Quién se atrevería a enguantárselos con la misma tranquilidad con la que manipulábamos nuestros propios títeres, hechos en la escuela?

—Yo, ¡ni loca! —repetía Mechita, mientras correteábamos bajo la lluvia tratando de alcanzar a Míster Adrenal—. ¡Se me erizan los pelos de solo pensar en Martirio y Delirio! Puaj.

En cambio, Martín, Eugenio, Mariela y yo alardeábamos de lo lindo: cada uno aseguraba que iba a ser el primero en tomar a los títeres, en abrazarlos incluso. La silueta de Míster Adrenal se perdía ya en el interior de la casa del guardián cuando —con las lenguas afuera y empapados— los



cinco chicos llegamos al jardincito que se abría frente a la vivienda.

—Ajá. Conque se está hospedando en este lugar —dijo Eugenio.

—Bajas todas las persianas... Raro, ¿no? —agregó Martín.

Mariela y yo nos acercamos —entonces— a la puerta de entrada que —minutos antes— se había cerrado tras el ingreso del titiritero. De orejas pegadas a la gruesa madera con aldabón, tratamos de escuchar alguna voz, algún sonido que proviniera del interior de la casa, antes de llamar. Pero lo cierto es que no oíamos nada. Silencio más silencio que —como es obvio— nos desconcertó.

—¿Golpeamos o no? —cuchicheábamos indecisos—. ¿Y si se acostó y se enoja? ¿Qué hacemos?

Fue entonces cuando Mariela —la más audaz de los cinco— pulsó suavemente el picaporte.

¡Qué sorpresa! La cerradura estaba sin llave y la puerta empezó a abrirse con lentitud, impulsada por el leve empujoncito de la mano de nuestra amiga.

Detrás de ella nos arracimamos los demás —entre temerosos y excitados— hasta que un empujón de Eugenio —que quiso hacerse el gracioso— nos arrojó a los otros cuatro hacia el interior de la casa.